

Vallejo y Larrea, o las afinidades electivas

César Vallejo y Juan Larrea: afinidades electivas en la poesía, afectuosa amistad en el trato personal desde 1924 hasta 1938, mutuo conocimiento, admiración. Vidas paralelas y complementarias: en 1926, como criatura de ambos aparece la revista *Favorables París Poema* que tuvo dos números de vida. En ella se definían los postulados estéticos de cada uno, su postura crítica frente a las obras literarias o filosóficas que gozaban de mayor prestigio. El uno y el otro buscan sus propias perspectivas. Sirvan de ejemplo *Presupuesto vital* de Larrea y *Estado de la literatura española* de Vallejo. Después de la prematura muerte de César Vallejo, Juan Larrea es el albacea espiritual de su amigo, su mejor exégeta y defensor.

Podríamos decir que la literatura es ella, en sí misma, más la circunstancia crítica que genera, el texto y el posttexto. Para entender a Galdós, a Rubén Darío, a Juan Ramón o a César Vallejo hay que leer sus libros pero también la crítica que los actualiza.

Juan Larrea, poeta, se ha desvivido como crítico de su amigo César Vallejo, y en una dedicación ejemplar, ha sido su valedor. Comprender al otro es primero entenderle, estudiarlo. La admiración barata, el elogio excesivo y superficial, empaña la fama, descredita a quien lo dice y lo recibe. Larrea, desde la amistad y desde la crítica, ha descendido a la personalidad y la obra de Vallejo para ofrecernos la realidad del hombre y su poesía.

César Vallejo, héroe y mártir o la vida como poesía

Juan Larrea escribió el libro: *César Vallejo, héroe y mártir indohispano*¹. Aproximación al amigo, teoría sobre la condición humana del poeta peruano, exégesis y elogio. Ya el título es bien significativo. Hay una exaltación del poeta como héroe de su pueblo y mártir que paga bien cara la libertad de su palabra. Vallejo se debate entre la profunda soledad del poeta verdadero que desde la nada reconstruye el universo con su verbo y la sociedad de la que es, y a quien se debe. Soledad solidaria del poeta y del hombre comprometido² Vallejo vive en la antagonía del poeta telúrico y el hombre político, en la contradicción carnal del mestizo, donde pelean y se abrazan el indio y el hispano.

Para Juan Larrea, Vallejo es un caso singular de hombre y de poeta: «Convencido de que el caso César Vallejo difiere en algo muy sustancial del de los otros poetas ar

¹ Juan Larrea: *César Vallejo héroe y mártir indohispano*. Biblioteca Nacional, Montevideo, 1973.

² Remito a mi crítica «César Vallejo: obra poética completa». Alianza Editorial (Alianza Tres), Madrid, aparecida en el número 398, agosto de 1983, de Cuadernos Hispanoamericanos, pp. 398-403.

guos y modernos que conozco, no entraré a considerarlo sin esbozar antes un panorama de la situación intrínseca del mundo y de nuestro mundo, con la que Vallejo aparece entrañado decisivamente» (p. 17). Larrea señala las características del siglo, su falta de sentido, sobre todo a partir de la guerra de 1914. Subraya la peculiaridad y tragedia de la guerra civil española, guerra fratricida, de índole universal, copartícipe de las guerras mundiales.

A Vallejo le nació la obra en la honda «con-textura» del poeta que se emociona ante la realidad y el hombre comprometido que quiere transformarla. Su creación es arte, pero también revolución. (No sé de ningún poeta verdadero que no sea a la vez revolucionario.) Escribe Larrea: «Vallejo fue un poeta singular que vivió sus poemas al día, es decir, que hizo profesión de vida poética vulgar. Sus poemas son producto inmediato de esa vivencia como podrían serlo los de un personaje de una tragedia en verso que fuese, no representada en un escenario, sino vivida en el gran teatro del mundo» (p. 37). En Vallejo poesía y vida se unían en una vividura poética, inseparable. Era un personaje trágico que representaba la verdad atormentada de su sentir. Su inmolación individual se proyectó socialmente en el drama de la guerra civil española. Así resume Larrea la honda travesía vital (mortal) de Vallejo: «En suma, fue un personaje que nació en los Andes sudamericanos, se atareó difícilmente por entre las duras contradicciones de nuestro tiempo y fue a rendir su último suspiro sobre la cruz de España».

Larrea estudia a Vallejo como héroe dramático, en su existencia de «oscuro héroe de renunciación y vida agarrotada». Antihéroe que al no poder «realizarse» libremente hacia fuera se «realiza» hacia dentro, en su poesía. Larrea recorre la biografía del poeta. Se refiere a su nacimiento de héroe, inusual: no hijo de una virgen según rezan las mitologías, pero sí nieto de dos sacerdotes españoles y de dos mujeres indígenas. El estigma sagrado (sacrílego) y el cruce de razas. Fue el oncenno y último hijo,* mimado por todos y más por su madre. Pronto adquiere un gran amor por la lectura. Se identifica con, y contradictoriamente, rechaza los valores religiosos (véase la proyección en su obra). Larrea apunta que desde 1915 está reconocida la atmósfera de la tragedia, en la personalidad del poeta, bajo el signo de la cruz.

Un documento importante del pensar de Vallejo es su tesis académica de bachiller, *El romanticismo en la poesía castellana*.³ El juicio crítico de Larrea es el siguiente: «En él Vallejo ha vaciado su propio romanticismo constitucional. Describe la naturaleza de su amor primero y un concepto de la poesía que ilumina lo que habrá de ser, de principio a fin, su experiencia de poeta». Resumen de las tesis: La idea del amor representa la exaltación religiosa en un puro fuego. El amor es supremo gozo, es martirio. El amor es el alma del mundo y todo lo grande de la vida es obra suya. Los hombres constituyen la esencia inspiradora y el objeto de la poesía. Larrea indica la influencia decisiva en César Vallejo de la muerte de su hermano Miguel. «En realidad se enfrentó como mediante un espejo, con la muerte de su otro yo; en alguna medida con su muerte propia» (p. 45). A partir de entonces un simbolismo enlutado se adueña de su imaginación poética (la muerte, la tumba, el ataúd...).

A este período corresponde la iniciación de su carrera literaria: Practicó en primera

³ Véase en la edición de Mejías Bacca, Lima 1954.

* Georgette de Vallejo asegura que fueron doce hermanos y proporciona sus nombres.

experiencia el modernismo, influenciado por las lecturas y el sentir de Rubén Darío, Herrera y Reissig. Rubén siempre será una referencia. «Y Darío que pasa con su lira enlutada». Más tarde Vallejo desemboca en el simbolismo.

Larrea estudia el fondo temático sobre el que se formaba la poesía de Vallejo: el fermento indígena. «César Vallejo es un mestizo cargado de cholo, de apariencia casi co-briza. No hay indicios de inferioridad en su obra» (p. 46). La influencia de los amores reales: Tilia, su enamorada de Santiago.

La poesía es la biografía esencial del poeta, la escritura que permanece tras el choque del sentimiento y la experiencia, la creación que no cesa tras la lucha entre la realidad y el deseo. Larrea señala que *Los heraldos negros*, los poemas que lo conforman, se publica por lo general en la prensa de Trujillo y varios grupos de poemas, independientes de las secciones en que Vallejo los encuadró. Unos se distinguen por razones temáticas y otros en razón de sentimientos subjetivos.

Larrea explica la constitución racial de César Vallejo, buscando raíces míticas. De ascendencia cristiana semejante a Jesús que ve a su madre como a una Dolorosa. Se define como un Cristo pecador, de conciencia contristada entre las ideas de Dios, la muerte y la cruz. La otra rama de su raza es la incaica. (Véase la sección «Nostalgias imperiales»). En el poema «Huaco» (nombre de las viejas vasijas de cerámica) se identifica con la autoctonía incaica.

César Vallejo asume su condición racial, la dicotomía de dos culturas que en él viven y se aúnan. «Pero en los espasmos de su rebeldía el héroe se vuelve de inmediato contra Dios mismo. La contienda entre el amor ideal y el amor carnal, que no llega a fraguarse en unidad, le mueve a apuntar contra Dios el dedo deicida» (p. 56). Ve en Dios como origen del mundo el principio y fin de sus males. Creyente y desesperado, el odio dicta en él los versos de un dolorido enamorado. La blasfemia es entonces la oración primaria de un creyente que sufre y lucha, que en su desesperación cree. Vallejo es en el fondo un hombre religioso, un Prometeo trágico que robó la palabra sagrada, atado a la roca ancestral de sus creencias. Quiere romper las ataduras primarias, ser un hombre nuevo, un revolucionario. Se debate entre la tradición de raza y religión y la revolución del hombre moderno. Aquí reside su tragedia, la imprecación visceral que revienta en su poesía. «Como consecuencia de nuestro héroe, un tanto a la sombra de Nietzsche, le desafía a Dios a que se juegue con él la vida a una partida de dados» (p. 57).

Siempre han escandalizado, a las almas pacatas de la cultura establecida, las salidas de tono de los escritores nuevos, los desafíos blasfemos de algunos escritores que pronuncian lo que les dice su conciencia y no aquello que es de conveniencia. Hay una primera escritura que descubrimos en autores como Dostoievski, Nietzsche, Unamuno o César Vallejo —literatura de la de verdad— y una segunda escritura, en la cual se modifica lo que se siente y piensa —literatura de componenda, cortesana, donde prima la buena educación sobre la cruda verdad.

César Vallejo tenía en sí la tragedia de ser poeta maldito por decir la verdad no revelada, robada a los dioses al precio de su propia salvación. He aquí la heroicidad y el martirio que apunta Juan Larrea. El poeta, arrojado del paraíso, es un hombre que vive su propio infierno y que reconquista otra vez la luz, el conocimiento perdido, por su obra. Dios ama más a los inquietos, que se pierden en su búsqueda, que a los creyentes